

Sancho elocuente, Sancho listo, Sancho sincero. Socialidad conturbadora en el *Quijote*

PATRIZIA DI PATRE*

Quiero proponerles un experimento. Hagamos una semblanza de don Quijote y Sancho, pero despojando sus figuras de todo elemento previo. Abramos el *Quijote* sin saber nada, sin haberlo leído nunca: divirtiéndonos tan solo. Y, claro, el protagonista se impone de inmediato; ese vender las fanegas de tierra para comprar volúmenes de caballería, el mismo rumiar, día y noche, sobre las aventuras de sus libros: eso es algo que se sale de las normas, un dominio propio levantado a fuerza de energía tenaz, constructora. Así es como se hizo la tercera de Brahms; de esta forma le veo a Menuhin, mientras escribo modestamente aburridas líneas, tocando con cara impasible el concierto beethoveniano de violín (toda la expresividad transferida en la música).

El nombre de Rocinante es una obra maestra, en sonidos, recuerdos y filosofía humanitaria. Hay un concentrado de mundo pensante en el amasijo de funciones témporo-espaciales, contradicciones semánticas y alambiques retóricos, que componen el título equino. La paradoja verbal del universo. Mas hagamos entrar en escena a Sancho, mi héroe. Lo que se revela enseguida es la *prudencia*, una cualidad muy moderna. Bastante evolucionada sin duda, si es verdad que una relación ya tradicional asocia los cuidados médicos al progreso socio-tecnológico. Santa Teresa recomendaba a sus amigos un total descuido del cuerpo, declarándolo un ser extraño: cuanto más le pides, menos rinde. (Ahora se asiste solo, en cambio, a un masoquismo involuntario.) Pero volviendo a nosotros, al mundo quijotesco quiero decir, Sancho me parece real y extrema-

* Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Conferencia impartida en la Facultad de Comunicación, Lingüística y Literatura de esta universidad. Quito, 21 de febrero de 2013.

mente moderno. Si el otro se lanza, él reflexiona; cuando al amo se le ocurre incitar a batalla en nombre de la religión, el sirviente arma toda una apología del perdón; y volviendo Quijote a lo de «Rocinante heroico, más que humano», Sancho le revierte la paradoja, y llama al caballo «caballero andante».

Llegamos así al capítulo de las ironías escuderiles. Capítulo interminable. Pero ¿qué iguala en refinamiento a la ironía? ¿Hay algo tan declaradamente «intelectual»? No puede ser socarronería, la de Sancho exclamando: «Más bueno era usted para predicador que para caballero andante», tras semejante sermón de su amo:

[...] sube en tu jumento, Sancho el bueno [...]; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar; y más andando en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos¹.

¡Perfecto! Pensamos lo mismo que Sancho, pero no con su acierto definitorio. Y es de notar que Sancho construye su propio dominio verbal progresivamente, a partir de la semántica adquirida; así que mientras atesora experiencia la reviste de expresividad. Su código crece implacablemente, en sintonía específica con los nuevos contenidos. Cuando por ejemplo declara no poder entrar en liza «con semejante caballería» (en el episodio de los carneros, montado en un asno), sabe bien a qué atenerse: con perfecta propiedad lingüística manifiesta la semiótica del campo. Tal congruencia de estilo se mantiene hasta el final, aun cuando podríamos pensar lo contrario. Con la «dueña de Rodríguez» es obvio que Sancho rompe las reglas; pero lo hace con total acierto crítico, dominado por un espíritu que podríamos llamar «revolucionario»: su asno vale tanto como cualquier otro, la dignidad escuderil no le va en zaga a dialécticas equinas. No es esta la primera vez que Cervantes se aprovecha de una presunta afasia cultural: pocos advierten en las palabras del vehemente vizcaíno la atrocidad de la siguiente indirecta: «Mentís, como cristiano». Entre todos los malentendidos lingüísticos, lo que deviene en crítica social cobra la apariencia del nexo involuntario.

Ambos episodios son, por lo demás, puros desafíos: la injuria del vizcaíno como las observaciones de Sancho. El último provoca, experimenta con el fin expreso de sondear la realidad, palparle el pulso a los demás. Si el mundo «canoniza las locuras» del amo, si a todo eso se rinde pleitesía, ¿por qué no ha de ser tratado el rucio como el caballo? A ver cómo reaccionan... La reacción de la interlocutora «disuena», en efecto, extrañamente: «Hermano, si sois jugar...». Es sincera, pero inapropiada. Sancho acabará por creerla demente.

El vizcaíno por su parte se equivoca siempre «freudianamente»: «juro que te matas». Es verdad, el caballero corre al suicidio. (Muy popular y veraz: he oído discursos semejantes en mi tierra de Cerdeña). «Mientes como cristiano».

1. I, XVIII.

Volviendo de nuevo a nuestra mística de Ávila, a veces tenía que hacer, con lágrimas en los ojos, casi las mismas constataciones.

Sancho presenta —para retomar nuestro discurso—, un perfil que llamaríamos de intelectual; muestra prudencia, una capacidad irónica notablemente «distanciadora», habilidad para verificar nociones (lo de la jaula encantada contempla también el clásico procedimiento inferencial), imponiéndose parámetros adecuados. Lo de «listo» es claro, aunque nos proponemos profundizarlo enseguida. Ahora interesa más el aspecto complementario, pero inevitable, de su elocuencia arrolladora.

Respecto de Quijote, siempre tan canónico y controlado, el sirviente parece un nuevo Houdini. De la palabra, naturalmente. Sancho es un escritor genial. Lo admiro personalmente mucho: *crea* la lengua, la transforma para sus fines, dantescammente escoge lo que pueda garantizar efectos... explosivos. Escuchémoslo en este interesantísimo parlamento:

Mira, Teresa, y escucha lo que agora quiero decirte [...]. Todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas [...]. De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida a que la tengamos respeto [...] (II, 5).

Es vano o no convence el que Cervantes ponga en tela de duda la autenticidad del fragmento. Manzoni se ve obligado a adoptar un recurso parecido, cuando le presta —inútil negarlo— sus propias palabras a la campesina inculta (*Los Novios*, VIII). Esto excede momentáneamente la capacidad de Sancho; mas prepara a maravilla la gobernación final, que condensa en certeza de genialidad los rasgos intuitivos por separado. Aquí convergen la palabra y la acción, el nuevo mandatario alcanza en el vértice de su disponibilidad lingüística los cimientos para un desemboque semántico. Digamos que todo estalla súbitamente en este episodio «baratario»; lo que era antes dialéctica exorbitante, o intuición fragmentaria, se resuelve en una síntesis de intelectualidad codificada, transmisible. Sancho ha encontrado su propio camino de escritor. Veamos ahora el paralelo del amo.

Habla bien, con propiedad. «Mirad, amigas; a cuatro suerte de linajes, y estadme atentas, se pueden reducir todos los que hay en el mundo»(II, VI). Notamos el ritmo elegante: prosa bien concertada. Don Quijote es un retórico... de escuela. Sus discursos huelen a libros viejos, a un Fausto apergaminado. Decididamente no convence, sobrevive a un renacimiento ultraciceroniano. He estado hojeando (no olvido nuestro tracto) el famoso discurso sobre las letras y armas, y se me antoja ahora el canon de lo canónico, verdadera apoteosis del lugar común. No son estas las propiedades de un innovador.

Veamos una parte del texto:

Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras, materia que

hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y, entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden as armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las republicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas (I, XXXVIII).

¿Qué presenta el discurso? Temas tópicos, trillados, con soluciones convencionales divididas en miembros contrapuestos. Esta costumbre renacentista de la bifurcación a ultranza, afirmada por Maquiavelo y seguidores, en realidad procede... de la escolástica, como me propongo mostrar en otra oportunidad. El hecho de que continúe aquí es una demostración cumplida de su carácter rezagado, en un contexto de alto degrado cultural; al igual que el patrimonio retórico, compuesto de refranes y sentencias, ya en su momento desautorizado con *La Celestina*. (O, deberíamos añadir, la poesía bucólica, con todo su cortejo de pastores enamorados y poetas, etc. etc.)

A veces, sin embargo, hasta don Quijote acude a una retórica franca, robusta, inflamada; escuchémosle aquí:

—Pues, ¿este es el cuento, señor barbero —dijo don Quijote—, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no vee por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo: solo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería (II, 1).

O en esta otra plática:

—A escribir de otra suerte [...], no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le valió al autor valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos: sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y de heno...», etcétera. Pues en verdad que de solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el

que quiera dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos (II,3).

Pero es precisamente en este ejemplo, o en otros parecidos, donde el amo se adhiere al modelo escuderial: la retórica quijotesca cobra entonces cualidades plebeyas, de alta efectividad porque copiadas de Sancho. Hasta las figuras retóricas son del otro. Cuando Sancho exclama (en el diálogo con el segundo escudero, cap. 13 de la segunda parte): « [...] que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia [...] », no se trata de una sonsa autoinjuria: es retórica, pura retórica rebuscada, sutilísima. La plática con la duquesa, a su vez, contiene todo un despliegue de ingenio pícaro:

Pero esta fue mi suerte y esta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo; somos de un mismo lugar, he comido su pan, quíerole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y, así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón. Y si vuestra altanería no quiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que, maguera tonto, se me entiende aquel refrán de «por su mal le nacieron alas a la hormiga», y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo que no Sancho gobernador (II, 33).

Sancho analiza siempre a su manera; creativamente. Y no es que carezca de imaginación. Simplemente, se opone a la construcción narrativa. La burla del encantamiento es soberbia como invención; mas rebosa intelectualidad. Se trata de algo impresionantemente abstracto, la clásica armazón de tipo lógico. No atañe a la fantasía ni invade el espacio afectivo. Tiene el éxito de una función bien calculada.

He estado pensando que Sancho... Sancho podría haber sido crítico. Crítico literario. Sin mucha imaginación, pero con capacidad analítica. Contrario a la fantasía, y aun así original. Crítico. O filólogo (no, esto no; no le deseemos a Sancho un porvenir tan mezquino).

Entonces... ¿Qué será que lo vuelve sospechoso de estulticia? ¿Por qué hemos de creerlo tan falto de seso, vulgar, solo dotado de una materialidad simpática? Todo parece oponerse a eso, como lo fuimos constatando con claridad. Su mente es lúcida («lo tengo por loco», admite con tierna familiaridad, hablando del amo); posee paréntesis de verdadera genialidad política; gobierna con una claridad impresionante, dialoga, razona, convence. ¿No es todo lo contrario de un tonto? Pero cree en insulas, encantamientos y...Quijotes. Bien, verifiquemos eso.

En primer lugar, cree lo quiere creer. Juzga bueno lo que sería deseable, factible cuanto admite solución. No corre porque está asustado, diría aquí W. James: se asusta a raíz de la carrera. Es el hombre *faber fortunae suae*, lo declara en toda ocasión y con supremo convencimiento. No vacila al final del libro en querer abrazar la carrera de poeta (o sea, llevar a la práctica los co-

nocimientos adquiridos, según se vio anteriormente). Lo único chocante es que crea en la caballería andante –como un hecho histórico–; acaba por aceptar la legitimidad de historias fantásticas. Su falta de cultura lo lleva a eso, de nociones atinentes a la historia. Con esto llegamos, me parece, al punto de mayor densidad; precisamente el núcleo de todo.

Porque quien lo convence de ello es el público de los letrados, gente que sabe: bachilleres, curas, duques, doncellas cultas y venteros aficionados. Todos concuerdan en eso; se apartan únicamente la sobrina y el ama de llaves (o algún que otro «disidente» inculto). Un siglo antes –poco más o menos– le fue prohibido al de Loyola predicar, por no haber estudiado lo suficiente; y la misma santa avilesa no se fiaba más que de confesores ultraliteratos. Luego, para opinar, hay que saber –concluye Sancho *da par suo*, o sea inteligentemente–. ¿Qué habría sido negarlo todo, oponerse a testimonios tan autorizados, a la ciencia universal? A la ciencia: justamente lo que le está vedado, que le quita toda posibilidad de acceso a la verdad. Los factores empíricos –ha habido o no habido, Amadís de Gaula, jayanes o no, caballeros lunáticos y reinos imposibles–, son los que se oponen a un juicio con conocimiento de causa, declaran el factor *x* imposible de deducir. Nótese que Sancho intenta en varias ocasiones aplicar su método de verificación objetiva; pero los datos son tan fluctuantes y contradictorios (cuando empieza a dudar, hay siempre alguien para detenerlo), que impiden cualquier interpretación razonable. En ese maremágnum no nadaría ni un filósofo del lenguaje. A nuestro humilde protagonista no le queda más que creer, aceptarlo, en fin, todo.

El estado en que se encuentra Sancho es parecido al de un niño –por más listo que sea–, al cual se hable del sistema bancario internacional. Podría hacerse creer cualquier cosa, darle a entender por ejemplo que los billetes se pasan volando –o proyectados por un tubo– de un lugar a otro; que las transferencias se efectúan con el mismo sistema de las mudanzas domésticas, etc. Cuando Sherlock Holmes le preguntaba a Watson sobre el sistema solar, el mecanismo informativo no debía diferir mucho del empleado por los instructores de Sancho. Aprender algo implica siempre la aceptación de una fuente. Sancho no sabe, quiere enterarse; por tanto escucha. Lástima que sus informadores sean tan mal intencionados.

Hay algo más grave, sin embargo, que ignorar la estructura de la Vía Láctea; y es desconocer los términos del propio medio. Las deficiencias cognitivas de un Sancho conciernen nada menos que a las mismas condiciones de subsistencia, incluyen su propio ser histórico. En cuanto campesino, y bajo los estatutos del «contrato social», eso no parece afectarle (trabajar la tierra supone métodos invariables y un dominio absolutamente circunscrito); pero su «liberación» personal, que coincide con el ingreso en el mundo escuderial, lo coloca en el centro mismo de las cuestiones socio-históricas, metido de lleno en aventuras desconcertantes y esotéricas, absolutamente antiergonómicas. Eso le obliga a hacerse preguntas de todo tipo: místico-filosóficas, psicológicas, etc.; a adentrarse en terrenos desconocidos, aunque siempre altamente culturales. Sabemos que de todo saca el mejor partido, en un sentido religioso y

humano, en el plano íntimo del crecimiento individual. Pero no se reflexiona suficientemente sobre el punto final de esta trayectoria: el gobierno de la ínsula, su *cimiento* de madurez socio-política (ya que la sociedad lo obligaba, como hemos visto, a una ficticia minoría de edad).

Resulta que el Sancho gobernante no es otro que el primer Sancho (Sancho sincero); pero con muceta. Lejos de parecerse al buen salvaje rousseauniano, este Émile a lo picaresco representa la sublimación del aprendizaje inducido, «intensivo». A sus dotes naturales –notorias, deslumbrantes–, Sancho unirá el fruto de la sucesiva educación manifestándose, por fin, como una persona *completa*. El gobierno baratario –como término conclusivo de una evolución interna– evidencia sin más el filón del rústico iluminado, bosquejado por Rabelais; y enseña una de las tramas menos verificadas (la proclamación del derecho a la cultura) en el tejido global de las reivindicaciones cervantinas.

